

jefe de la de Lombardía. José Caimo se dedicaba en Milan en 1560 á componer madrigales; Santiago Castoldi de Caravaggio baladas, lo mismo que José Biffi; en aquella misma ciudad fué organero Pablo Cima. Podemos añadir á los precedentes á Festa, poeta lleno de gracia y de facilidad y que hacía excelentes versos; Jacome Arkadelt, Guiachetto Berchem, Francisco Cor-teccia, maestro de capilla del gran duque Cosme y otros muchos. La melodía debe su desarrollo á Gesualdo, príncipe de Venosa. San Felipe Neri introdujo los oratorios que ántes eran laudes cantadas en la iglesia con la música de Juan Animuccia, maestro de San Pedro, y que luego llegaron á ser representaciones completas de hechos morales y sagrados.

La música que había nacido en las iglesias, introdujo despues en ellas lo profano con que se había engrandecido. Cuando este arte era solo un estudio de dificultades vencidas y ponía todo su conato en imitar los sonidos, los ligados, las fugas, los enigmas y la voz humana por medio de los instrumentos, ¿podía ya convenir á la santidad de los ritos que elevan el alma al Criador? Se compusieron misas enteras sobre temas profanos, contra lo cual tronaron los reformadores, los católicos y los protestantes; el concilio de Trento se mostró escandalizado; Paulo IV mandó examinar si se debería permitir la música en la iglesia; y no se resolvió nada porque los teólogos querían que la letra fuese la parte principal, y los maestros decían que esto no podía hacerse con las reglas de su arte.

Palestrina.
1529-94.

¿Y por qué no se ha de poder? dijo Pedro Luis Palestrina. Pertenecía á la capilla del papa cuando por haberse casado le excluyó de ella Paulo IV; de modo que vivió ignorado en el Monte Celio. En la soledad y en la desgracia profundizó su arte y pudo elevarse hasta hacer composiciones libres y originales (1). Sus madrigales son aun el motivo de las aspiraciones de los maestros de contrapunto; sobre todo supo expresar con verdad en cantos solemnes el profundo sentido de la Escritura en significacion simbólica y sus relaciones con el alma y la religion. Puede decirlo el que haya asistido un viérnes santo á la capilla Sixtina.

Se le encargó por tanto que compusiera una misa que sirviese de prueba, y la hizo como quien trata de salvar á su arte de la muerte. En su manuscrito se encontraron las palabras: *Señor, ilumíname*. Despues de dos tentativas poco felices, compuso la *missa papalis* que tiene una melodía sencilla y en que se respeta el pensamiento del texto, adoptándola á la diferente significacion de los cánticos y de las plegarias; así que las comparaba á aquellas celes-

Historia de la época mas floreciente del canto sagrado en el siglo XVI y del primer desarrollo de música actual, sobre todo en la escuela veneciana (alem.). Berlin, 1834.

(1) JOSÉ BAINI, *Mem. storico critiche della vita e delle opere di Pier Luigi da Palestrina*. Roma, 1828.

tiales que el apóstol predilecto oyó en sus éxtasis.

Con esto bastó para que tanto este arte como las demas saliesen vencedoras; y se vió tambien que la Reforma solo sabía destruir y anoadar, mientras que la Iglesia resucitaba y santificaba.

Sus dotes son la precision, la claridad, la severa observancia de las reglas de la armonía, la gracia, la verdad de expresion unida á un gusto delicado, y la grata sencillez en la modulacion. Es pobre sin embargo la melodía; pero poseía con tanta perfeccion el puro sentimiento de la armonía y de los tonos, que nadie llegó á hacer cantar cuatro, seis y hasta ocho partes distintas con tanta facilidad y elegancia. Solo Handel y algun otro le igualaron en la majestad del estilo; ninguno en valentía, en profundo y sencillo acento, en la mística ternura, en la encantadora suavidad de sus armonías, que ya nos revelan los dolores de la madre de un Dios, ya los padecimientos del Verbo, ya nos trasportan á un mundo invisible á escuchar las músicas con que los ángeles rodean el trono del Eterno.

Carísimi cierra aquella época; y el arte ha ido cada vez peor, por mas que Bach, Handel y Haydn se hayan esforzado por reducir los efectos de la antigua música religiosa á las condiciones del arte moderno.

CAPÍTULO XIV

Los artistas y los mecénas.

Al paso que Italia perdía su independencia y la esperanza de recobrar su libertad, se entregaba con pasion á las artes y á las letras, como un consuelo, como un motivo de orgullo nacional y un medio de manifestarse superior á aquellos Bárbaros que la oprimían con la espada. Pero ¿entraban tales intenciones en la idea de aquellos escritores, de aquellos artistas? ¿Y cuáles son las condiciones necesarias para que brille el talento? ¿Y por qué hubo en aquella época tan gran número de hombres ilustres? Problemas son estos cuya resolucion no me corresponde; pero la inicio, dando cuenta de la prosperidad y de la decadencia parcial de las artes y del ingenio en esta larga travesía.

Vague en buen hora una filosofía vulgar en torno de aquella curva fatal, por donde sube y baja la civilización, ó atribuya la adulacion el desarrollo de los gérmenes prósperos al sol de los príncipes. Seguros pueden estar de que hallarán para su asunto grandes pruebas en la historia, porque pruebas suministra á todos los sistemas. Y á la verdad que ningun siglo mereció mejor el nombre de oro que el de los Médicis, porque nunca se dieron á los ingenios honores ni estímulos tan espléndidos y universales. Francisco I invitó á los Italianos del otro

lado de los Alpes á que encendiesen de nuevo la antorcha de lo bello, y Lionardo, Primaticcio, Cellini, Del Sarto y una colonia de artistas le dejaron varias obras y discípulos, al mismo tiempo que Alamanni y los Strozzi, acogidos en Francia con la generosa hospitalidad que esta acostumbra dar á los expatriados, la deleitaban con aquella literatura con que había sido cantada en Valclusa la hermosa Aviñonesa. El orgulloso Carlos V se baja á coger el pincel que se le cayó á Ticiano, y al acercarse Miguel Ángel se levanta y exclama: «Hay muchos emperadores, pero nadie es semejante á vos (1),» y disgustándose sus cortesesanos de los honores que hacía á Guicciardini, les dijo: «Con una palabra puedo hacer cien caballeros, pero con todo mi poder no me es dable hacer uno igual á este.» El altanero Julio II despachó un correo detras de otro para llamar á Miguel Ángel, y hasta se excusó de haberle hecho esperar en la antesala; los papas y los príncipes le hacían sentar á su lado; Venecia, Francia y aun el gran turco le rogaban que fuese: habiendo muerto en Roma, fué arrebatado su cadáver, para que reposase, no en la basílica del Cristianismo, sino en Florencia, en el panteon de los hombres ilustres. En el bautismo de un hijo de Mattiolo fueron padrinos el emperador de Alemania y los reyes de Francia y España; y el cardenal Bibiena quiso que Rafael se casase con una sobrina suya.

Los mecénas.

El nombre de Leon X resume cuanto hay de notable en el amor de las letras; ponía á disposicion de los doctos los empleos, los beneficios y dignidades de la Iglesia y su propio dinero; tenia de secretarios á Bembo y á Sadoletto, escritores latinos superiores á todos los precedentes; encargó á Beroaldo de la Biblioteca Vaticana; estableció en Roma á Juan Lascari y á Marcos Musuro, filólogos famosos, confiando al primero un colegio fundado con el objeto de enseñar la lengua griega, y en el que había imprenta y maestros traídos de Grecia; pagaba á mas de cien profesores en el colegio romano, y les daba sueldo para que buscasen manuscritos, diciendo que «es una parte muy importante de los deberes del pontífice favorecer los adelantos de la literatura clásica.» Dió por un epigrama á Tibaldeo de Ferrara, que había ido á Roma desde la corte de los Gonzaga, una buena acogida, riquezas y quinientos cequíes; conoció las buenas facultades del jóven Flaminio y le conservó á su lado; estaba maravillado de ver las improvisaciones de Marone, y prometía premios al que encontrase algun otro libro de Tito Livio ó de Tácito, y privilegios á las ediciones mas correctas.

(1) Véase la famosa idea de Fourier acerca de la autoridad imperial: «Si en un mismo dia muriesen todos los príncipes, presidentes, mariscales, prelados y grandes notables, al dia siguiente estarían reemplazados sin mas perjuicio que el dolor de perder tan excelentes personas. Pero si muriesen los artistas, los mejores literatos, los mejores maquinistas, sastres y zapateros, la pérdida sería irreparable.»

Esta aficion que había neredado de sus mayores la trasmitió á sus descendientes: el gran duque Cosme I fué muy estudioso; escribía de su propio puño á los artistas, instaba á Miguel Ángel á que volviese á Venecia y á que le llevase peces de los llamados sola, que le gustaban mucho. Su hijo Francisco I que conocia todos los géneros de literatura, engrandeció las universidades de Pisa, Florencia, Siena y la academia florentina; fundó la de la Crusca y su admirable galería; aumentó la Biblioteca Lorenzana; dió impulso á la botánica, y favoreció á todos los que tenían talento; escribía á Juan Bologna: «No podían ménos de agrardarnos, segun ha sucedido, las dos figuritas que nos habéis enviado, no pudiendo ser otra cosa al tratarse de obras que salen de vuestra mano;» y Fernando I decia al mismo: «Deseamos que, continuando en vuestro deseo de trabajar, procuréis tener principalmente cuidado de vuestra salud, porque esto importa mas que todo lo demas (1).» El mismo Fernando compró la Vénus de Médicis, principió la real capilla de San Lorenzo, y estableció la imprenta de caracteres orientales.

Semejantes eran los príncipes de Milan y de Nápoles hasta que fueron derribados por los extranjeros. Las repúblicas confiaban importantes misiones á los literatos, porque los consideraban recomendados por su carácter. Alonso I de Este, aunque siempre se hallaba en guerra y no conocia las bellas letras, hermoseó la universidad de Ferrara, donde Lucrecia Borgia, Lucrecia y Ana de Este, é Isabel de Médicis eran espléndidas con la gaya ciencia, hasta de su amor; lo mismo hacia Isabel de Este, marquesa de Mantua. El guerrero Alviano, en el descanso que le dejaban las batallas reunía en su casa de campo de Pordenone á Fracastoro, Cotta, Navajero y otros á quienes llamaba su academia y que le divertían é instruían. El duque de Urbino, en medio de la guerra, había formado de su corte un círculo de las personas eruditas y cultas. Hasta el infame Valentino y el torpe Alejandro de Médicis aspiraban á la fama de instruidos. Todos dirigían cartas muy familiares á Miguel Ángel, Puccini, Bandinelli y Bronzino, discutiendo los proyectos y rogándoles que hiciesen cualquier trabajo; Felipe II escribía á Ticiano: «Me daréis un gran placer y me haréis un servicio, si os ocupáis en pintar ese cuadro con la mayor actividad posible.»

No eran solo los príncipes los que querían ser ó aparecer como protectores, sino tambien todos los ricos; y mientras la aristocracia transalpina se gloriaba de su propia ignorancia y firmaba con la señal de la cruz, no sabiendo escribir por ser baron, la del otro lado se adornaba con

(1) Juan Bologna les escribía, segun él decia, ya á lo filosofesco ya á lo escultoresco, pero siempre estaban sus escritos llenos de barbarismos; por ejemplo: «He recibido su dos cariñosas, aunque de uno mismo tenor, el cual da á V. S. infinitas gracias por el buena oficios que ha hecho acerca de S. A. S. á favor de aquel jóvena de Saconia, etc.»

las artes y las letras. ¿Cuánto no debieron Rafael á Chigi, Juan Bologna á Bernardo Vicchiotti de Florencia, á Marcos Mantua Benavides de Padua, Ammanati y otros? Angel Collocci reunió en la antigua casa de campo de Salustio cipos, bustos, estatuas, medallas y entre ellas los fastos consulares. Los Sauli en Génova y los Sanseverino en Milan eran el refugio de los literatos. Los tesoros de erudicion reunidos por Pinnelli llegaron á ser la base de célebres bibliotecas (1).

Estos ejemplos agradaban á la multitud y era universal el entusiasmo por los literatos. Las medianías respetaron á Ariosto apénas supieron quién era; se fijaban centenares de sonetos en las estatuas cuando los artistas las exponían al público, juzgándolas con tan exquisito sentimiento de lo bello y una delicadeza de gusto tal que los maestros lo respetaban y lo ha aprobado la posteridad. Cuando se desenterró en los jardines de Tito un grupo que Safoleto reconoció ser el Laoconte descrito por Plinio, tocaron á vuelo todas las campanas de Roma y coronaron de flores el mármol, llevándolo por toda la ciudad con músicas y aparatos de triunfo; los poetas lo cantaron á porfía, mientras subía al Capitolio con una solemnidad memorable en el país de las solemnidades. Tartaglia hacía publicar sus descubrimientos matemáticos á son de trompeta y de todas recibía problemas para que los resolviese. Á Rómulo Amaseo, natural de Udina, profesor de elocuencia, se le disputaban Venecia y el papa, las universidades de Bolonia y de Padua: le llamaban también á porfía el cardenal Bembo desde Padua, Gonzaga desde Milan, Wolsey desde Inglaterra y Clemente VII desde Roma. Bernardo Accolti de Arezzo, llamado el Único, adonde quiera que llegaba iba rodeado de prelados y guardias suizos, y era obsequiado con iluminaciones; cuando declamaba sus versos se cerraban las tiendas de Roma; fué nombrado duque de Nepi, y habiendo recitado un terceto en alabanza de María delante del papa, el auditorio prorumpió en exclamaciones diciendo: « Viva muchos años el divino poeta, el incomparable Accolti; » apoteosis que hubiera engañado á la posteridad si por desgracia suya no le hubieran sobrevivido aquellos versos (2).

Por otra parte la historia destruye el mérito de aquellos protectores. Leon X parecia no

(1) Merece mencion Juan Grolier de Lycin, nombrado en 1513 por Francisco I gran tesoroero de Milan, donde se hizo querer; lo cual es muy extraño tanto por ser forastero, como por ocupar tal empleo. Así lo aseguran los literatos con los cuales se mostraba tan generoso, que habiendo ido á comer á su casa muchos de ellos, regaló á cada uno un par de guantes, y se hallaron con que estaban llenos de monedas de oro. Murió siendo intendente de hacienda de Francia en 1575, á los ochenta y seis años, y dejó la mas rica coleccion de libros y de medallas que habia en Francia.

(2) Nos le ha conservado el Arcelino y se reducen á un juego de palabras:

Engendraste á aquel de quien concebiste,
Llevaste á aquel de quien fuiste hechura,
Y de ti nació aquel de quien naciste.

comprender mas belleza que la del estilo; encargó un trabajo á Lionardo, pero al saber que se habia puesto á destilar barnices, dijo: « ¡Ah, este no hará nunca nada porque piensa en el fin de la obra ántes de haberla principiado. » Acaso no conocia Lionardo las lisonjas con que se consiguen los favores, porque por lo demas, el gran Leon no tomó nunca con gusto la tutela de los literatos: Ariosto se lamentaba de que despues de haber llegado hasta besarle (1), le hubiese dejado en la miseria, hasta el punto de no tener con qué comprar una capa; Bembo tuvo que abandonar la corte de Leon, el cual gustaba de los poetas que le divertian, y decia burlas que disgustaron al digno literato. Camilo Querno, improvisador, gran bebedor y gran comedor, que amenizaba la mesa del papa con sus chistes, fué declarado por él archipoeta; con igual dictado favoreció á Juan Gazzoldo y á Jerónimo Britonio, y luego les hacía apalcar cuando le desagradaban sus versos. Á fuerza de elogios se hizo creer á Baraballo que era un nuevo Petrarca, y Leon quiso coronarle: con este objeto adornaron lujosamente á un elefante, regalo de Manuel de Portugal, y colocaron en él á Baraballo, vestido como los vencedores con toga de púrpura y laticlave; toda Roma estaba gozosa y colgadas las casas, no reparándose en los gastos, á fin de que el mal poeta suba al Capitolio á recibir honores que no se hicieron á Ariosto (2).

¿Eran estas escenas á propósito para estimular las letras? ¿El que ama á una jóven le expone al ridiculo?

Ariosto fué enviado de gobernador de Garfagnana de los Alpes, que entónces pertenecia á Alonso; el cardenal Hipólito le tuvo en continuo movimiento por espacio de quince años para asuntos de muy poca importancia « *trasformándole de poeta en correo*; » y cuando despues comprometió su reputacion por levantar hasta el cielo una familia que no lo merecia, vió que aquel le preguntaba: « Señor Ludovico, ¿dónde habéis aprendido tantas tonterías (3)? » y porque no quiso ir con él á Hungría, se vió desterrado y privado de las veinticinco coronas que le daba cada cuatro meses. El gran Leonardo no fué favorecido por Lorenzo ni por Pedro de Médicis; este tenia á su lado á Miguel Ángel para que le hiciese estatuas de nieve, y se jactaba de tener en su corte dos maravillas, á Miguel Ángel y á un corredor español; ni estos ni sus sucesores se atrevieron á terminar las gran-

(1) Mientras conserve la memoria no me fiaré nunca de las promesas de otro. Toqué la loca esperanza y los desconocidos caminos del cielo aquel día en que el pastor santo me apretó la mano y me besó en las mejillas.

Sátira VI.

(2) « Fué una burla coronarle, » dice, de Ariosto, Virginio, su hijo.

(3) No creyó que debía premiar la obra que habia compuesto para enaltecerle; porque digno de premio es solamente ir corriendo la posta... Si le he alabado en mis versos, dice que lo he hecho por gusto y por pasar el tiempo: mas le hubiera agradado que hubiera estado á su lado.

Sátiras.

diosas obras comenzadas cuando aun no se habia extinguido el hábito de la libertad republicana: el monumento de Julio II y la capilla de los Médicis quedaron á medio concluir; Cosme, protector ignorante de las artes, preferia Vasari á Ticiano. Los desprecios del cardenal Farnesio hicieron morir de pena á Onofre Panvinio, así como los del duque de Este que Tasso se volviese loco.

En lugar, pues, de aplaudir aquellos insensatos deseos que para disculpar la inercia oímos todos los días dirigirse hácia los grandes de cierta época, me parece muy digna de lástima la condicion de aquellos artistas y literatos que no podian esperar la única recompensa desinteresada, es decir, el favor del pueblo y la gloria espontánea, sino que se veían precisados á buscarla en las córtes. Puede decirse que no tenían público, porque solo contaban con dos clases de lectores, los eclesiásticos y la corte; de donde provino la funesta necesidad de los protectores, y el verse obligados los grandes ingenios á resignarse con la proteccion é invocar, no ya tolerancia y perdon para la temida verdad, sino la continuacion del ocio á costa de la dignidad, del carácter y del pudor del arte.

Seguramente un artista, por grande que sea, no podrá nunca construir á Santa María de los Angeles ni la cúpula de San Pedro, ni pintar las habitaciones del Vaticano, sino por encargo de una persona que disponga de recursos. Es necesaria la alianza del genio que concibe, con las riquezas que hacen ejecutar; pero no se crea que estas sean suficientes para formar hombres grandes ni para resucitar una época, no diré de genio, pero ni aun de buen gusto. La parte moral de las bellas artes, la expresion, la intencion que, en nuestro concepto, son su alma, no pueden ménos de perderse cuando no nacen de lo íntimo del sentimiento sino de un mandato. Entónces volverá el predominio de la materia, la idolatría de la forma, que se perfeccionará á costa de la idea, así como la multitud de los trabajos hará que se disminuya la originalidad.

El pueblo salido de los Comunes, el pueblo creyente habia resucitado de la barbarie las artes y las habia conducido por nuevos senderos á un estilo incorrecto, si se quiere, pero atrevido, original y conforme con las nuevas necesidades. Entónces se elevaron magníficas catedrales en todas las ciudades, entónces cantó Dante. Sobrevino despues el conocimiento y el estudio de los antiguos, que habria podido pulir las formas conservando la inspiracion íntima, porque por los mismos medios vemos progresar animosamente á los ingenios en el siglo precedente.

Sus adelantos promovieron la proteccion de los grandes; pero no la de los Médicis, que ya las encontraron formadas y á lo mas tuvieron la gloria de valerse de ellas. Mas cuando las letras, las artes y la poesia, que son un solo arte, es decir, la belleza revestida de formas sensibles, fueron asalariadas por los príncipes,

se divorciaron de las necesidades y sentimientos de la nacion, perdieron en inspiracion tanto como adquirieron en gusto, llegaron á ser un elemento aristocrático, mas bien que la expresion de las ideas del pueblo; y colocados los literatos entre el punto de donde procedian y las córtes que los pensionaban, sin llegar al refinamiento de estas, perdieron la fecunda y agradable energia del pueblo.

El amor del arte hace prosperar al arte; pero de la proteccion, ó si se quiere de la índole de esta, depende, en mi concepto, que aquellos grandes ingenios no hayan llegado á la cumbre, adonde puede llegarse solamente con la feliz reunion de todas las facultades del alma y del entendimiento. Y séanos lícito á nosotros, que observamos históricamente las artes y las consideramos como expresion de la sociedad, admirar su ejecucion y deplorar su intento. Muchas veces nos complacemos en considerar lo que habria conseguido Ariosto, si en lugar de la indigna dinastía de Ferrara, hubiera tomado el tema de Dante ó de Tasso, la nacion y la Cristiandad; así como Guicciardini si no hubiese tenido que sincerarse de los torpes servicios que prestó á la tiranía; si Maquiavelo no hubiera escrito la historia de Clemente VII y el *Príncipe* por obtener un empleo; si Miguel Ángel no hubiese sido precisado á pasar desde el buril al pincel y al compas y á aburrirse con el mármol para que realizase en los sepulcros de los Médicis una idea que no convenia á las órdenes de los que se lo encargaron.

En medio de tantas reglas, y de las censuras lanzadas en aquellas ruidosas y encarnizadas rivalidades, ¿se creyó nunca que el arte estaba obligada á hacer algo mas elevado que él mismo? Agradar á la corte, agradar á los literatos, era su objeto. La religion se estremecia, y creian reparar el daño haciendo escribir diatribas á Mucio; se criticaban las cosas poco convenientes que se insinuaban en la liturgia, y Leon X hizo enmendar los himnos y el Breviario segun las frases de Ciceron y de Tibulo; la patria perecia, y sin embargo se cantaba; perecia, y ninguno de los grandes tenia voz para entonar el epicedio que retumbase en los sepulcros, y resonase un día como la trompeta de la resurreccion; perecia, y nadie animó la historia con aquellos magnánimos acentos de despecho, que viven como una protesta inmortal de las naciones.

Se adoptaba el primer asunto que se presentaba como á propósito para desplegar la belleza y el arte. Tasso al ménos debatió largamente consigo mismo acerca de cuál elegiria para su poema; Ariosto no tuvo para ello otra razon que hacer un poema, contentándose con calcarlo sobre otro; Alamanni escribió los suyos, porque aquel tema caballeresco agradaba á Enrique II; Bernardo Tasso hizo cien cantos sin saber tampoco si su Amádis era de la Gália ó de Gáles (1);

(1) En una carta á Jerónimo Ruscelli de 4 de mayo de 1558 le pregunta si le llamaria *Amádis de Gaula* ó de *Francia*. « No

Vida y Fracastoro cantarán el gusano de seda y la sífilis, para mostrar que pueden decirse en latin cosas de que nunca han tratado los latinos.

De aquí resultó la falta de dignidad en la moral y en los asuntos: Sannazaro, á quien aplaudieron por su piedad tanto Leon X como Clemente VII, convierte en versos lascivos la musa que habia cantado el Parto de la Virgen; monseñor Della Casa ensalzaba á aquel mismo Carlos V á quien habia execrado como el azote de Italia, y le alababa tambien Alamanni, que al oír que le echaba en cara sus palabras contra el águila rampante y devoradora, se disculpó diciendo que la poesía tenia solo por objeto la mentira; cuando Maquiavelo fué de embajador cerca de Valentino, lo hizo como si se dirigiera á un capítulo de frailes; al pintar un santo se retrató al gran sacerdote Borgia y á su querida para hacer la cara de una Virgen, sin comprender que esto era una irreverencia; Holbein retrató una despues de otra á las mujeres de Enrique VIII destinadas á la muerte. Leonardo hizo trabajos para el Moro y construyó arcos de triunfo para el vencedor del Moro; y anotando en su cartera la caída del primero, «ninguna de sus obras concluyó»: Rafael entenece con sus Virgenes y al mismo tiempo escandaliza con sus Píscuis y Galateas; Miguel Ángel fortifica á su patria contra los tiranos é inmortaliza á estos en el mármol; todos piensan en aquello que dice Cellini: *Sirvo á quien me paga.*

La misma bajeza habia en las alabanzas que los literatos se prodigaban mutuamente; y pasando en silencio muchos nuevos Virgilio, Cicerones y Livios, Varchi decia que el *Giron Cortés* era superior al *Furioso*; Stigliani anteponia Tansillo á Petrarca; el gran Ariosto empleaba medio canto en eternizar las medianías de su tiempo.

dudo que el escritor de esta agradable y vaga invencion le ha sacado en parte de una historia de Bretaña y despues la ha hermozeado, dándole aquella vaguedad que agrada al mundo; y al dar aquel nombre á Amadis creo firmemente que se ha equivocado, no en dar aquella reputacion á Francia, sino por no haber entendido la palabra *Gaulas* que en inglés significa Italia. Por otra parte creo (si no me engaño) que el primogénito del serenísimo rey de Inglaterra no se hizo nombrar príncipe de Gaula, sino por los derechos que dicho rey pretende tener al reino de Francia. Y que es verdad que el autor se ha equivocado al interpretar, ó mejor dicho, traducir la palabra Gaula, y que el primero que escribió esta historia quiso hablar de Francia, puede verse en el libro II, c. 20, en que Gaudanello, celoso de la gloria y grandeza de Amadis, dice al rey Lisuarte estas palabras: «Ya sabéis, señor, que por largo tiempo han estado en guerra este reino de la Gran Bretaña y el de Gaula, porque en justicia aquel debe estar sometido á este, como lo están todos los demas inmediatos y os reconocen por jefe.» De cuyas palabras se deduce fácilmente que aquel no queria dar á entender otro reino sino el de Francia... ¿No sería una falta digna de reprehension, falta no de desenoio sino de ignorancia y de aquellas que, segun dice Aristóteles en su poética, son indignas de perdon, el que yo publicase este poema con el título de Amadis de Gaua, sin saber dónde está este reino? (Y así lo ha hecho en efecto.) ¿No he de nombrar algun puerto, ó alguna ciudad principal? Pero como podria engañarme en esto como en otras muchas cosas, por no conocer apenas á Inglaterra, os suplico que siéndos fácil adquirir noticias por medio del embajador de Inglaterra ó de cualquier otro, os informéis de ellos y me lo escribáis. » Escribir un poema de cien cantos sin saber dónde ni cuándo ocurren los sucesos, es todo lo que se puede hacer.

Las academias fundadas en el siglo precedente y que en el de que hablamos llegaron á su apogeo, eran la expresion de este prurito de alabar y ser alabado, y de la aficion á limitarse á la aprobacion de pocos. Resucitaron al principio á imitacion de las antiguas en la academia platónica de Lorenzo de Médicis, y se multiplicaron hasta el infinito, siendo ridículos la mayor parte de sus nombres y pueriles sus ocupaciones; con las comidas y el vino se inspiraba el estro y cantaban y recitaban versos y oraciones; y los principes y los obispos se sentaban al lado de los literatos. Á veces en medio de aquellos *padres* graves se levantaba Caro á alabar la nariz: «Nariz perfecta, nariz principal, nariz divina, nariz bendita entre todas las narices; bendita sea aquella mamá que os hizo tan narigudo, y benditas todas las cosas que oléis.» Ferni atabó las anguilas, los cardos y la peste; Firenzuola la sed y las campanas; Casa la ira y las ansias del amor; Varchi los huevos duros y el hinojo; Molza la ensalada y los higos; Máuro la soberbia y las mentiras; uno la tos, otro las tercianas, la tiña, y otras cosas peores. Se decian tambien elogios que se dividian con los principes protectores, y que eran aplaudidos por aquellos hombres *soñolientos, infecundos, quilopos*, y qué sé yo cuántas cosas.

Ademas de ser frívolos aquellos cuerpos, perjudicaban á la originalidad porque ejercian el monopolio del buen gusto, y juzgaban con arreglo á reglas establecidas; y no pudiéndose adquirir fama sin su aprobacion, era forzoso resignarse á aquellas reglas arbitrarias, y obrar siempre por reflexion, no por inspiracion.

Y como las únicas aspiraciones eran aplausos y dinero, mendigaban unos y otro. Bernardo Tasso pide, y dan compasion las cosas que se cree obligado á decir para obtener proteccion y pan (1) de aquel emperador que le habia arrebatado todos sus bienes, porque fué fiel á su protector. Luis XII, que fué á oír las lecciones de Jason del Main en Pavía, le preguntó por qué no se casaba: «Porque el papa Julio, con testó, sabe por vuestra majestad que no soy indigno del capelo de cardenal.» Necesitando Guicciardini un pequeño dote para sus hijas, Maquiavelo le anima á que se le pida á Leon X, le refiere ejemplos de su liberalidad, y le dice cómo ha de escribir la carta petitoria, porque «todo consiste en pedir con atrevimiento y manifestar disgusto si no se consigue.» Todos los despachos de Maquiavelo en sus comisiones concluyen con pedir dinero, y lo mismo hacen los demas embajadores. Anguillara, que vendia sus octavas á medio escudo cada una, y por lo mismo hizo tantas, no habiendo recibido recompensa del duque Cosme por una cancion, le dirigió una altanera queja (2). Paulo Jove, venal

(1) Véase la pág. 132.

(2) «Hace mas de seis meses que di al secretario de V. E. en Venecia una cancion mia, á fin de que la hiciese llegar,

dispensador de gloria y de insultos, decia que tenia dos plumas, una de plata y otra de oro (1), para igualar las alabanzas con los regalos; le gustaba vivir cómodo y alegre (2), causando disgusto el empeño con que buscaba ya un ropon, ya un caballo, ya dulces, ya setenta resmas de papel para imprimir sus obras (3), ya dinero (4), y se queja cuando tarda en reci-

» á vuestras manos, como me prometió hacerlo y como era su deber. Hasta hoy no he tenido respuesta alguna ni de V. E., ni de su secretario, ni de nadie; lo cual me hace creer que no la ha recibido, porque sé muy bien cuán diligente y cortés es V. E. en contestar; y me parece imposible, si la hubiese recibido, que no me hubiera devuelto á lo ménos cancion por cancion, como de algun tiempo á esta parte ha principiado á usarse... En el caso, pues, de que dicha cancion no haya llegado á V. E., le ruego haga que Don Silvano, monje del orden de Camaldulenses, se la preste y la lea; porque no dudo obtener tan fina contestacion cual conviene á vuestra grandeza. Estoy seguro de que Don Silvano tiene copia de ella, porque no solo me contestó que la habia recibido y me dió las gracias de palabra, sino que en recompensa me envió un rico regalo de telas delicadamente trabajadas, dignas no de un fraile, sino de un papa, y de tal valor que si los principes á quienes he escrito me hubiesen regalado á proporcion, me encontraría con que tenia mas telas trabajadas en mis baules que versos en la prensa... Si pues mi cancion estuviere en poder de V. E., digo con resolucion que el estar seis meses sin contestarme es hacer un desprecio de mi persona, que nada tiene de duque, que creo no encontrará millares como yo en los setos de Toscana, como halla zamoras; y yo ofendido por tanto silencio estoy tentado de hacer conocer mi resentimiento en una sátira en verso; pero he querido escribir en prosa porque me acuerdo que un Florentino me dijo una vez en Francia con cierto motivo, que si las letras de cambio estuviesen en verso, no se pagaria ninguna; y deseo que se me pague la presente á lo ménos con una contestacion, cualquiera que sea... Vuelvo á decir que habléis con Don Silvano que me conoce, y segun su modo de proceder manifiesta tener buen juicio y que conoce lo bueno: perdonad si por darne por aludido por un desprecio que me parece sufro con razon, me he extralimitado; sin embargo soy aquel mismo servidor vuestro como dicen mis versos, refiriéndome á los cuales concluiré deseando toda clase de felicidades y esperando una respuesta de duque, no de solista.

» Venecia 22 de mayo de 1563. »

» Vuestro antiguo y seguro servidor,
» JUAN ANDRÉS DE LA ANGUILLARA. »

Ha sido publicada por Gamba en las *Memorias del Ateneo veneciano*, y es muy larga.

(1) «Ya he mojado la pluma de oro en finísima tinta. — Me considero obligado á consumir un frasquito de finísima tinta con una pluma de oro para celebrar las obras de vuestra santidad.»

(2) «Vos sabéis que ahora estoy ocioso y no trabajo, *quia nemo nos conducit*... Sabed que no quiero estudiar sino sobre piel de marta ó de linco... y que no monto en mulas puestas en prensa... y que quiero comer dos veces al dia y con menestra, y que quiero tener lumbre desde San Francisco á San Jorge. Para hacer esto no puede un hombre romperse la cabeza *impensis propriis*. » Cart. página 100.

(3) Carta á Isabel de Mantua. *Arch. stor. app. II, 322.*

(4) Al marques del Vasto le escribe diciendo: «V. E. me deja comprender que quiere venir esta semana santa al Museo (su casa de campo de Como). Lo esperó con gran ansia, y sé bien que no abandonará su costumbre magnánima y liberal de llevar provisiones para un mes aunque solo salga por cuatro dias, segun lo hace cuando va á distraerse á las Gracias ó á San Victor, por mas que allí haya siempre abundancia de todo; ¿cuánto deseo que venga V. E. al Museo entre tantos hombres inmortales, que si bien no comen atraen, sin embargo, á muchísimos gastrónomos! Quiero que Pitigian sepa que los barriles de su almacén favorito matan y reunen gente. Seria bueno tambien que os acompañasen las provisiones que os ha dejado con otras buenas que se les parezcan. Respecto de mí creo que tendré que ir á Roma dentro de pocas semanas... No sé cómo me he de arreglar, si cuando vengáis, no arrojáis en tierra mas de una vez el tridente de Neptuno, para que nazcan un par de buenos caballos. ¿Peró quién duda que tan gran príncipe pueda faltar á su natural liberalidad? » *Cart. del 25 de marzo de 1541.* — A Lúcas Contile le pidió

birlo, ó es poco para su avidez; los principes y los ricos le regalaban á porfia para que *hiciese valer su lira una tercera parte mas* (1). En una palabra, la inspiracion general era buscar dinero y proteccion, haciendo reír ya con la *Belfegor*, ya con un poema entero como Ariosto, ó lloriqueando como Torcuato, ó con una maldad como el *Príncipe* ó la *Errante*.

Así como los ódios nacen del amor, del mismo modo los vituperios de las alabanzas. De aquí surgieron las ruidosas contiendas de aquel tiempo. «Los literatos (escribe Jerónimo Negro) están en guerra; Pedro Cursio combatió con Erasmo acerca de la palabra *bellax*, es decir, si se toma en mal sentido por cosa perteneciente á la guerra, ó si es *verbum merum*: todos los dias se publican nuevos libros é invectivas sobre esto: hay algunos que en nombre de Erasmo contestan á Cursio, y este se encoleriza.» Acerca de Petrarca se suscitó una encarnizada contienda entre Tassoni, José de los Aromatari y Brusantini, hasta el punto que se hicieron prisiones y se formaron procesos: los Médicis se complacian en oír los sonetos que se lanzaban Luis Pulci y Mateo Franco: Jerónimo Ruscelli se enzarza con Luis Dolce, ambos á cual mas pedantes, que no entran en calor sino injuriándose: Sigonio tiene una polémica con Robortello por cosas de erudicion, Giraldi Cintio con Pigna, Pablo Manucio con Lambino porque queria imprimir *consumptus* sin *p*; y habiéndole llevado su competidor un mármol en que decia *consumptus*, se le tiró á la cabeza. Varchi combate con Lasca y con Pazzi, que le invita á que le mande sus manuscritos para hacer encerados, á fin de que vean la luz á lo ménos por un invierno; posteriormente fué dado de puñaladas por algunos señores que creían haber sido injuriados en su historia. Pedro Ángeli, llamado Bargeo, se vió precisado á huir de Bolonia por la mordacidad de sus versos, y despues mató en duelo á un Frances; Anton Francisco Raineri, poeta milanés, fué muerto por un amigo suyo; Diómedes Borghesi tuvo que andar errante fuera de Siena, su patria, á causa de sus disputas; Dionisio Atanagi usurpó una traduccion á Mercurio Concorecio que le acometió é hirió. Tambien Chiabrera mató á un caballero romano; Dávila á otro, y últimamente fué asesinado él mismo; Torcuato Tasso dió algunas estocadas; Boccacini

«manzanas y peras en conserva, de que ha llegado de Nápoles una gran cantidad para la señora princesa.» A monseñor Farnesio: «Principio á trabajar y haré en honor de V. S. una cosa que la leerán los venideros. Pero V. S. reverendísima é ilustrísima dispondrá que mi sobrino Alejandro sea obispo de Nocera.» 5 *setiembre* 1547. Y á Jerónimo Anghiera: «Bendito seas, que sin ofender á nadie, agradáis á todos. Lo mismo trato yo de hacer al publicar esta historia.»

(1) Lucido estaria yo si mis amigos y protectores no diesen estarme agradecidos cuando hago que su lira valga una tercera parte mas que la de los que no son buenos ó tienen malas costumbres. Bien sabéis que con este santo privilegio he vestido algunos de terciopelo bordado y á otros al revés de tosca tela, y tanto peor para quien le toca; si quieren zaherirme, pondrémos en juego la artillería de grueso calibre. Bien sé que ellos morirán y que nosotros viviremos despues de la muerte, donde acaban las controversias.» Cart. 12